

## Enredos

### El Guardián entre el Centenar

Todos recibimos de vez en cuando mensajes de correo electrónico con un contenido que la mayor parte de las veces nos hace perder el tiempo: chistes sin gracia atribuidos a Les Luthiers, horteradas huérfanas de talento pintadas —quieren convencernos— por Salvador Dalí, una redacción de nivel de 1º de ESO que pretenden hacer pasar por obra de Freddie Mercury; en fin, ya saben a qué me refiero.

A veces, sin embargo, otros casos están mejor traídos, y nos dejan cavilando acerca de lo fraudulento o no de su naturaleza. Si una entre cada cien personas de las que reciben estos mensajes de gran distribución dedicara un pequeño esfuerzo a desentrañar su posible veracidad, actuaría como un guardián que ayudaría a detener la proliferación de bulos y patrañas, y a que cada vez sea más difícil enredarnos.

Recientemente recibí un mensaje, que me visita periódicamente, acerca de algo que hacía poco había oído, recibiendo un tratamiento elogioso, en un famoso programa radiofónico de alcance nacional. Me escamó que le concedieran verosimilitud tan alegremente, pues a mí siempre me ha parecido sospechoso el asunto en cuestión. Se trata de:

#### La carta del jefe Seattle



*Carta de Seattle, jefe de la tribu Suwamish al presidente de los Estados Unidos, Mr. Franklin Pierce, el año 1854 como respuesta a su oferta de compra de las tierras Suwamish.*

El gran caudillo de Washington ha ordenado hacernos saber que nos quiere comprar las tierras. El gran caudillo nos ha mandado también palabras de amistad y de buena voluntad. Apreciamos mucho esta delicadeza porque conocemos la poca falta que le hace nuestra amistad. Queremos considerar su ofrecimiento, pues sabemos que si no lo hiciéramos, pueden venir los hombres de piel blanca a tomarnos las tierras con sus armas de fuego. Que el gran caudillo de Washington confíe en la palabra del líder Seattle con la misma certidumbre que espera la vuelta de las estaciones. Mis palabras son inmutables como estrellas.

¿Cómo podéis comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Se nos hace extraña esta idea. No son nuestros el frescor del aire ni los reflejos del agua. ¿Cómo podrían ser comprados? Lo decidiremos más adelante. Tendríais que saber que mi pueblo tiene por sagrado cada rincón de esta tierra. La hoja resplandeciente; la arenosa playa; la niebla dentro del bosque; el claro en la arboleda y el zumbido del insecto son experiencias sagradas y memorias de mi pueblo. La savia que sube por los árboles lleva recuerdos del hombre de piel roja.

Los muertos del hombre de piel blanca olvidan su tierra cuando empiezan el viaje en medio de las estrellas. Los nuestros nunca se alejan de la tierra, que es la madre. Somos un pedazo de esta tierra; estamos hechos de una parte de ella. La flor perfumada, el ciervo, el caballo, el águila majestuosa: todos son nuestros hermanos. Las rocas de las cumbres, el jugo de la hierba fresca, la calor de la piel del potro: todo pertenece a nuestra familia.

Por esto, cuando el gran caudillo de Washington manda decirnos que nos quiere comprar las tierras es demasiado lo que nos pide. El gran caudillo quiere darnos un lugar para que vivamos todos juntos. Él nos hará de padre y nosotros seremos sus hijos. Hemos de meditar su ofrecimiento. No se nos presenta nada fácil ya que las tierras son sagradas. El agua de nuestros ríos y pantanos no es sólo agua, sino la sangre de nuestros antepasados. Si os vendiésemos las tierras, haría falta que recordaseis que son sagradas y lo tendríais que enseñar a vuestros hijos y que los reflejos misteriosos de las aguas claras de los lagos narran hechos de la vida de mi pueblo. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son hermanos nuestros, porque nos libran de la sed. Los ríos arrastran nuestras canoas y nos dan sus peces. Si os vendiésemos las tierras, tendríais que recordar y enseñar a vuestros hijos que los ríos son hermanos nuestros y también vuestros. Tendríais que tratar a los ríos con el corazón.

Sabemos bien que el hombre de piel blanca no puede entender nuestra manera de ser. Tanto le importa un trozo de tierra que otro, porque es como un extraño que llega de noche a arrancar de la tierra todo lo que necesita. No ve la tierra con una hermana, sino más bien como una enemiga. Cuando la ha hecho suya, la menosprecia y sigue andando. Deja atrás las sepulturas de sus padres y no parece que eso le duela. No le duele desposeer la tierra de sus hijos. Olvida la tumba de su padre y los derechos de sus hijos. Trata a la madre tierra y al hermano cielo como si fueran cosas que se compran y se venden; como si fuesen animales o collares. Su hambre insaciable devorará la tierra y detrás suyo dejará tan sólo un desierto.

No lo puedo comprender. Nosotros somos de una manera de ser muy diferente. Vuestras ciudades hacen daño a los ojos del hombre de piel roja. Tal vez sea porque el hombre de piel roja es salvaje y no puede entender las cosas. No hay ningún lugar tranquilo en las ciudades del hombre de piel blanca; ningún lugar donde se pueda escuchar en la primavera el despliegue de las hojas, o el movimiento de las alas de un insecto. Tal vez me lo parece a mí porque soy un salvaje y no comprendo bien las cosas. El ruido de la ciudad es un insulto para el oído. Y yo me pregunto: ¿qué tipo de vida tiene el hombre cuando no es capaz de escuchar el grito solitario de una garza o la discusión nocturna de las ranas alrededor del charco? Soy un hombre de piel roja y no puedo entender. A los indios nos deleita el ligero murmullo del viento fregando la cara del lago y su olor después de la lluvia del mediodía, con su peculiar fragancia.

El hombre de piel roja es conocedor del valor inapreciable del aire, ya que todas las cosas respiran su aliento: el animal, el árbol, el hombre. Pero parece que el hombre de piel blanca no sienta el aire que respira. Como un hombre que hace días que agoniza, no es capaz de sentir la peste. Si os vendiésemos las tierras, tendríais que dejarlas en paz y que continuasen sagradas para que fuesen un lugar en el que hasta el hombre de piel blanca pudiese saborear el viento endulzado por las flores de la pradera.

Queremos considerar vuestra oferta de comprarnos las tierras. Si decidiéramos aceptarlo tendré que poner una condición: que el hombre de piel blanca mire a los animales de esta tierra como hermanos.

Soy salvaje, pero me parece que tiene que ser así. He visto búfalos a miles pudriéndose abandonados en las praderas; el hombre de piel blanca les disparaba desde el caballo de fuego sin ni tan sólo pararlo. Yo soy salvaje y no entiendo porqué el caballo de fuego vale más que el búfalo, ya que nosotros lo matamos sólo a cambio de nuestra propia vida. ¿Qué puede ser del hombre sin animales? Si todos los animales desapareciesen, el hombre tendría que morir con gran soledad de espíritu. Porque todo lo que les pasa a los animales, bien pronto le pasa también al hombre. Todas las cosas están ligadas entre sí.

Haría falta que enseñaseis a vuestros hijos que el suelo que pisan son las cenizas de los abuelos. Respetarán la tierra si les decís que está llena de vida de los antepasados. Hace falta que vuestros hijos lo sepan, igual que los nuestros, que la tierra es la madre de todos nosotros. Que cualquier estrago causado a la tierra lo sufran sus hijos. El hombre que escupe a tierra, a sí mismo se está escupiendo.

De una cosa estamos seguros: la tierra no pertenece al hombre; es el hombre el que pertenece a la tierra. El hombre no ha tejido la red que es la vida, sólo es un hijo. El sufrimiento de la tierra se convierte a la fuerza en sufrimiento para sus hijos. Estamos seguros de esto. Todas las cosas están ligadas como la sangre de una misma familia.

Hasta el hombre de piel blanca, que tiene amistad con Dios y se pasea y le habla, no puede evitar este destino nuestro común. Tal vez sea cierto que somos hermanos. Ya lo veremos. Sabemos una cosa que tal vez descubriréis vosotros más adelante: que nuestro Dios es el mismo que el vuestro. Os pensáis que tal vez tenéis poder por encima de Él y al mismo tiempo lo queréis tener sobre todas las tierras, pero no lo podéis tener. El Dios de todos los hombres se compadece igual de los de piel blanca que de los de piel roja. Esta tierra es apreciada por su creador y estropearla sería una grave afrenta. Los hombres de piel blanca también sucumbirán y tal vez antes que el resto de tribus. Si ensuciáis vuestra cama, cualquier noche moriréis sofocados por vuestros propios delitos. Pero veréis la luz cuando llegue la hora final y comprenderéis que Dios os condujo a estas tierras y os permitió su dominio y la dominación del hombre de piel roja con algún propósito especial. Este destino es en verdad un misterio, porque no podemos comprender qué pasará cuando los búfalos se hayan extinguido; cuando los caballos hayan perdido su libertad; cuando no quede ningún rincón del bosque sin el olor del hombre y cuando por encima de las verdes colinas nuestra mirada encuentre por todas partes las telarañas de hilos de hierro que llevan vuestra voz.

¿Dónde está el bosque espeso? Desapareció. ¿Dónde está el águila? Desapareció. ¡Así se acaba la vida y empezamos a sobrevivir!

Hasta aquí el texto, y no me digan que algo no huele a podrido hasta en Dinamarca. ¿No suena un poco demasiado a “indio bueno ser depositario de milenaria sabiduría ancestral”? ¿No tiene algo de ecologismo de manual? ¿Y por qué el jefe se iba a llamar a sí mismo “salvaje”? De hecho, fijándonos bien, encontramos una falsedad evidente: si la ciudad estadounidense se llama así por nuestro jefe, ya que sus territorios estaban en la costa norte del Pacífico, caeremos en la cuenta de que 1854 el ferrocarril no había llegado tan al oeste y Seattle no podía haber visto al “caballo de fuego”, así como tampoco podía haber visto nunca, no ya miles, sino ni un puñetero búfalo, ni pudriéndose ni pimpante.

De modo que tecleé en un buscador de internet las palabras “chief seattle”. Sí, amigos, a veces es tan fácil. Pero en esta ocasión resultó insultantemente sencillo: hay un montón de información al alcance de todos, por lo que descorazona que este mito esté tan extendido. La historia, sin embargo, no deja de tener su interés.

Encontramos que el 11 de marzo de 1854, el jefe, cuyo nombre era más bien Sealth o See-ahth, según las fuentes, dio efectivamente un (muy escueto, según los testigos) discurso ante el gobernador Isaac Ingalls Stevens, comentando la cesión al gobierno de gran parte de sus territorios y más bien agradeciendo el dinero que recibía a cambio. Este discurso fue hecho en el idioma lushootseed o salish, mientras alguien traducía al chinook, una especie de lengua franca para el comercio.

Años más tarde, en 1877, el Dr. Henry Smith (al parecer, testigo del discurso original) escribió una versión inglesa. No obstante, si bien Smith reconocía haber tomado sólo notas fragmentarias del discurso, se da el caso de que en 1854 llevaba muy pocos meses en el noroeste y los historiadores ponen en duda que fuera capaz de entender los idiomas y dialectos locales. La versión de Smith, texto que por razones de espacio ahorro al lector, viene a ser un agradecimiento de la generosidad de los hombres blancos y un recordatorio a los colonos para que respetaran la sacralidad de los enterramientos nativos, todo ello con un lenguaje un tanto floreado. Y sorprende que Sealth, que ya se había convertido al catolicismo, contrapusiera al Dios del hombre blanco con su propio Dios. En suma: viene a ser lo que en 1877 un blanco esperaba oír en el discurso de un jefe indio.

Diversas versiones aparecieron en 1891, 1929 y 1960, cada una ligeramente modificada.

Pero para encontrar nuestro texto, que ya no tiene nada que ver con la primera versión, debemos esperar hasta 1971. Por entonces, la televisión de la Convención Baptista Sureña emitía un programa documental sobre medio ambiente llamado *Home*. Su guionista, Ted Perry, era un ecologista temprano y muy concienciado, y, sencillamente, se inventó el discurso (búfalos abatidos desde trenes incluidos), que viene a ser lo que en 1971 un ecologista blanco esperaba oír en el discurso de un jefe indio, y usó el nombre de Seattle por la inercia que traía. Hasta la fecha, Perry, que vive (espero que con buena salud) en Vermont, ha dado la callada por respuesta a historiadores o periodistas, pero los hechos están establecidos.

De esta manera un discurso casi ininteligible ha venido a transformarse en una carta al Presidente de los EE.UU. que encontramos presente por todo el mundo en pósters, publicaciones de todo tipo y... en nuestros buzones.